



*Colores
de la Resistencia
Hondureña*

Melissa Cardoza

324

C257t

Cardoza, Melissa

Trece colores de la resistencia hondureña / Cardoza, Melissa—1a ed.-
San José, Costa Rica: Editorial DEI, 2011

102p. ; 21 x21 cm. (Colección Cuadernos)

ISBN 978-9977-83-168-

1. Honduras
 2. Golpe militar
 3. Mujeres en resistencia
- I Título

Autora: Melissa Cardoza.

Edición: Vilma Hinkelammert.

Fotografía: Todas las fotos de MALEVA, tomadas a mujeres del COPINH, durante el evento de la Corte Popular de las mujeres, en La Esperanza, Intibucá.

Foto de la página 36 de Julia Henríquez.

Todos los derechos compartidos.

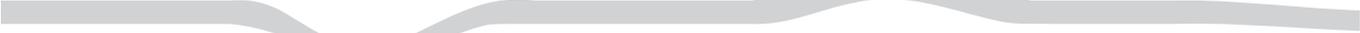
Diseño y Diagramación: Larraitz Lexartza.



Para Joaquín Cardoza, mi único papá
con amor y gratitud



Nací para luchar, se jodieron los golpistas
(graffiti en la ciudad de Tegucigalpa)





DEDICATORIA

Este trabajo está dedicado a Daniela Mangelschots, compañera, amiga del alma y el hacer, nacida en Bélgica, hoy descansando bajo la tierra allá en la costa hondureña, en el suelo del Merendón que tanto amó. Danie fue una mujer con una enorme convicción en el pueblo hondureño, más que muchos de nosotros y nosotras. Cuando tantos lo señalaban como cobarde y vendido, ella y sus compañeras construían su fuerza con quienes cultivan la tierra y recorren barrios llenos de mujeres. Daniela lo hizo con historia y también con poesía, con teatro, con organización política y con educación popular.

Fue una internacionalista de convicción, sin que hiciera alarde de ello ni recitara al Ché Guevara. No se fingía pobre, ni se disminuía para crecer ante los que están jodidos. Era como era, con sus privilegios compartidos, sus contradicciones explícitas y dolorosas; su blanca cultura diferente. Era una pensadora y activista más bien de perfil bajo en lo público aunque no modesta ni sacrificada. Daniela dio todo lo que tenía con perseverancia porque así vivía, eso hizo en las luchas, en la amistad y en el amor. Nos regaló su escucha, sus palabras breves y certeras, su hacer sin moraleja, un hijo y una hija, los dos nacidos del amor, como ella decía. Se apagó de manera brutal, y nos dejó llenas de preguntas. Con ella se fueron sus dolores más grandes y las decepciones que en vida le disminuyeron su alegría y son parte de la tierra que hoy la cubre.

Este texto es pensando en ella, tan sin pena ni gloria en el movimiento hondureño a quién mucho le aportó; tan plena y viva en el pensamiento y la memoria de algunas de nosotras, sus amigas, compañeras y hermanas de camino.

A Daniela, por su persistente confianza en la resistencia del pueblo de Honduras, y su amor por nosotras y esta tierra que la abraza.



PRESENTACIÓN

“13 colores de la resistencia hondureña” es una colección de historias que las y los participantes del Seminario de Investigación y Formación 2010, tuvimos la oportunidad de ver crecer y hacerse palabras. En este texto se conjugan muchas experiencias que abarcan tanto a su autora, Melissa Cardoza, como diseño del propio Seminario que en los últimos años ha ido explicitando la intención de constituirse en un espacio para la reflexión y construcción de investigaciones de carácter popular.

Los cuentos que a continuación tendrán la oportunidad de leer, escritos por Melissa, son lo que me gusta llamar literatura solidaria, no solo por compartida y puesta en común con otras y otros. Solidaria porque transporta, y lanza a las calles a quien la lee. Multiplica las angustias y las esperanzas al compartir la palabra de mujeres y hombres de día-a-día, gente de a pie, gente de bici, de buses, de autos. Y también de tanques y de gases lacrimógenos -aunque no sé si a esos puedo llamarles gente.

Y si es solidario compartir el miedo, la angustia de la vida en las calles violentadas, es solidario no dejarlo dentro y avisar, llamar la atención de lo que pasa. Y es mucho más solidario dar alerta de cómo cantar, defenderse, criticar en la crisis.

Las historias que aparecen en este libro, hilvanadas, nos permiten conocer y construir a partir de las historias de mujeres individuales y organizadas, ciudadinas o rurales, una tela de araña en la que como mujeres podemos mirarnos y a veces encontrarnos. En estos trece cuentos veremos hermanas, mujeres que no conocemos, - ¿acaso es necesario?- encontrando en las calles amor y razones, violencia y venganza. A través de las narraciones que nos comparte Melissa podemos sentir el cada día de una tierra tomada a punta de plomo y miedo. Siento el calor, el olor a comida en la calle, los cantos y los rezos.

Resistir, resistencia, resistirse, son palabras que vienen y a mi mente y se dibujan en mi cuerpo cada vez que leo y reviso estos cuentos. Claro, que no son verbos en infinitivo o sustantivo abstracto. Cuando pienso resistencia y leo las palabras, imágenes y versos que deja Melissa en este texto se derrumban -y por fortuna se levantan- nuevas paredes, escaleras y ventanas en una ya habitada casa donde podamos estar y vivir de manera diferente. Resistir es entonces una palabra que acompaña en este libro a mujeres y hombres que caminan por un mundo mejor.

Gracias a estas historias y a los hombres y mujeres que les dan forma por ser, desde una tierra amada y centroamericana y por enseñarnos cada día el valor del cambio y la transformación que nos une. Y gracias sobre todo a Melissa por ser la mujer que camina con otros y otras y es ella otra en medio de tanta gente.

Yanet Martínez Toledo
Investigadora DEI



Uno

13 colores de la resistencia hondureña

El 28 de junio del 2009 se llevaría a cabo la consulta popular, después nombrada encuesta de opinión, para preguntar al pueblo hondureño, en las elecciones de noviembre de ese año si estaba a favor o no de la convocatoria a una Asamblea Nacional Constituyente. Esa madrugada y a balazos y empujones sacaron al presidente Manuel Zelaya de Honduras llevándolo en pijama a Costa Rica. Así se hizo efectivo el Golpe de Estado. Mientras los militares tomaban las instalaciones del gobierno y sacaban sus armamentos y soldados a la calle, miles de personas se levantaron espontáneamente a exigir el regreso del presidente y el castigo para los golpistas. Se inició una nueva etapa de la historia política. Se inauguró el movimiento nacional de resistencia popular, una gesta histórica sin precedentes, sin duda alimentada por los años de organización y movilización del pueblo y sus demandas por la justicia, la libertad y la igualdad social, con nuevos componentes de movimientos más jóvenes como el feminista, y el de las disidencias sexuales que antes de este tiempo se mantuvieron en espacios alejados de los gremios y organizaciones sindicales. Esta etapa tiene además la compañía fresca y novedosa de miles de personas que nunca estuvieron organizadas en grupo alguno, y que ahora se nombran a sí mismas en una gran identidad: Resistencia Popular.

En palabras del dramaturgo Rafael Murillo Selva: *“Para nosotros los hondureños y hondureñas, esto es un hito histórico, una ruptura histórica de gran envergadura, es una continuación de la gesta morazánica, es el evento más importante en la supuesta historia republicana de este país”*

El sol en la costa hondureña es un sol despiadado. No tiene misericordia de las pieles humanas, de los verdes vegetales, ni siquiera del asfalto, al que logra doblegar. Y ese 29 de junio del 2009 era aún más inclemente, ardía como la furia de la gente que se juntó en los parques centrales. Cientos de personas se fueron sumando a un plantón que se extendía en todas las ciudades y comunidades de Honduras. Ahí, movida por la indignación, se arremolinaba la gente con sus camisetas de organizaciones populares, de la cuarta urna¹, del partido liberal, del movimiento de mujeres y de la selección nacional o los equipos de fútbol favoritos. Llegaban con gorras, sombrillas, sombreros. Traían a sus niños y niñas, sus abuelos, sus vecinas. Intercambiando estupor, rabia, lágrimas, *¿cómo era posible que nos hicieran algo como esto?, ¿cómo se atrevían a arrebatarnos por enésima vez tan poco, ellos que tienen tanto? Ni que estuviéramos arrebatándoles la riqueza, cabrones. ¿A quién se le ocurrió algo tan malvado? Seguro que a los gringos.*

Así fue como se expresó con claridad en todo el territorio nacional la realidad de quienes son los que son y lo han sido por siglos. Ahí emergió la Resistencia contra el golpe de Estado; ahí se evidenció quiénes eran los golpistas y quiénes no, y quedaron atrapados los dudosos en un conflicto polarizado que todavía se mantiene.

Bajo ese terrible sol se curtirían las pieles de miles de personas que marcharon consecutivamente por meses en todo el país buscando una ruta pacífica para volver a una democracia, una desgraciada democracia menos peor que lo que ya se asomaba a partir del mal llamado Michelleti y pandilla.

¹ La cuarta urna fue el motivo explícito por el cual acusaron al presidente Zelaya de violar la Constitución de la República. Era una urna que sería colocada en las elecciones de noviembre del 2009, donde el pueblo de Honduras iba a ser consultado para convocar a una asamblea constituyente que modificara el texto constitucional, básicamente. Los golpistas argumentan que lo que pretendía Zelaya era modificar artículos pétreos para reelegirse. La cuarta urna tenía gran simpatía popular, al igual que el propio Mel.

13 *colores de la resistencia hondureña*

En medio del bullicio y la ira, vi a una mujer que salió de un taxi blanco, frío por dentro como un congelador, manía que tienen los ceibeños² de conducirse en una realidad dentro del carro y otra afuera. La mujer caminaba lentamente, abrió sin prisa su sombrilla rosada. Era una mujer negra, con el pelo sujeto por milagro y por inventos de la estética garífuna³. De rostro sin años, traía colgada del hombro una cartera de color cobrizo. Su ropa era limpia y planchada, blanco el blusón y naranja la falda, larga, larguísima. Entre sus manos traía una Biblia enfundada en piel.

El relajo gobernaba la plaza donde se decidían cosas de última hora, se hablaba en varios altavoces al mismo tiempo, se contaba dinero y contestaban celulares, se tomaba agua de unos carros de paila que la traía por montones. El sindicato del agua la proveía, como lo haría por meses, cuidando de la deshidratación a su masa sindical de pronto ampliada y activa, aunque todavía no tenía idea de cuánta agua se iba a requerir para andar por cientos de días en calles que recogen el reclamo para abandonarlo igualmente. Pero eso lo sabrían después.

La mujer caminó hacia el cordón militar. Como suele suceder en estos casos, los militares salieron a la calle con todos sus artefactos de guerra. Sacaron sus armas compradas con dinero del pueblo en contra del pueblo. Montaron metralletas, pasearon tanques, estrenaron carros y helicópteros. El defenestrado presidente Zelaya les regaló sus últimos juguetitos y felices los sacaron a mostrar, a intimidar, a matar. Otros gobiernos del mundo los apoyaron logísticamente, -aún se guardan para el museo de la resistencia cápsulas vacías de gases lacrimógenos donados por Perú-. La burguesía nacional hizo lo propio, se supo que los dueños de las tiendas Larach habían donado a la policía de Tegucigalpa cabos de pala para golpear manifestantes.

2 Ceibeños son los habitantes de La Ceiba, ciudad costeña de Honduras donde la temperatura siempre es alta.

3 Garífunas: son negros traficados de África que naufragaron en San Vicente donde se mezclan con indios caribes y que llegaron en el siglo XVIII a las costas de Honduras, Belice, Guatemala y Nicaragua.

El cordón militar se extendía protegiendo el acceso a la alcaldía, los que dirigían el operativo hacían su papel de jefes y se protegían con caros anteojos *ray ban*. Algunos eran claramente extranjeros, o eso parecía. El resto de los soldados cumplía su función. Estaban ahí siguiendo órdenes, unos atontados, otros recios.

Entre el cordón militar y las mantas de la movilización popular que repudiaba el golpe, mantas rojas y negras mayoritariamente, había un espacio prudencial, acaso interrumpido por un perro, una bolsa de plástico o un bolo que gritaba ¡*Qué viva Mel!* Meses después, esta misma expresión le costaría la vida a un obrero que volvía de su trabajo en bicicleta, asesinado por policías desde una patrulla, un obrero enterrado por su familia que no conocerá la justicia. Todo lo que ocurriría después.

Hasta ese espacio, aún tierra de nadie, círculo de posible disputa, llegó la mujer negra de la sombrilla rosada. Midió el sitio y ubicó su lugar, cerró la sombrilla, miró al cielo y abrió la Biblia como hace quien sabe precisamente qué hacer. Leyó con una voz alta, hermosa y firme, sosteniendo con una mano el libro sagrado y con la otra haciendo gestos hacia el firmamento y hacia los soldados. No puedo repetir con precisión qué dijo entonces, sé que habló de la verdad, de la misericordia, de los ricos y los fariseos, del reino de dios. Los soldados se veían disimuladamente, algunos reían, otros bajaban la cabeza, y hay quien dice que vio a uno de ellos llorando. Eso no lo sé. Sé que esta señora cerró el libro, lo alzó ofreciéndolo al cielo y cerrando los ojos ante el sol, exclamó para ser escuchada: *Señor, Padre de los cielos, de los mares, de la tierra y el aire. Mirá a tu pueblo que lucha por la justicia y acompañálo. Te pido señor, te suplico que volvés estas alimañas al fondo de la oscuridad infernal de donde salieron. Que tus hijas e hijos, señor, no sean tocados por la maldad de estos seres que intentan arrancar la justicia y la vida de esta tierra hondureña, nuestra tierra y la tuya.*

13 colores de la resistencia hondureña

Ya el silencio se había instalado en la plaza y un círculo de gente protegía la espalda húmeda de la señora, su frente alzada brillaba como un pájaro de oscura luz. Mantuvo esta posición durante segundos en los que parecía que algo extraordinario estaba ocurriendo. El jefe del pelotón que acordonaba el sitio salió de un extremo de la calle y se acercó a uno de los líderes del movimiento en resistencia, un veterano líder sindical bananero que conocía al militar de tiempos de fútbol compartido. *Oíme, le dijo, yo sólo estoy cumpliendo órdenes de arriba, haceme un favor y llevate a la doña de la Biblia que me tiene nerviosos a los muchachos.* El líder, más sorprendido que divertido, le sonrió y palmeó la espalda, *no me digás que tus soldados le tienen miedo a una pastora evangélica.* El jefe no contestó. Dio la vuelta, silbando suavemente como los niños que tienen miedo a la oscuridad, y volvió a su puesto de mando. El líder sindical se acercó al kiosco del parque y pidió una limonada. *No me le ponga tanto hielo,* solicitó.

No fuera a dañarle la garganta a tan hermosa representante de la justicia divina sobre la tierra.



Dos

13 colores de la resistencia hondureña

Desde que se instaló el gobierno de facto de Micheletti y su continuador, el espurio gobierno de Lobo Sosa, la comunidad LGBTI ha sido el sector de la población en resistencia más agredido. Activistas homosexuales, como Walter Tróchez, fueron perseguidos y asesinados por su acción política contra el Golpe. La lista de crímenes a población travesti superó las 20 personas sólo en la época de toques de queda y el número no ha dejado de crecer hasta estos días. La saña sobre los cuerpos son la clara expresión del odio hacia la diferencia de prácticas sexuales y vidas amorosas.

La comunidad de la diversidad sexual, como se autonombran, ha encontrado en las calles y los discursos resistentes una rebeldía y un descontento popular parecido al propio, y aprovechan para sacar del clóset sus propuestas, sus modos de entender y vivir la política, el amor, las luchas. Acciones propias en las marchas, sistemática documentación audiovisual de hechos y palabras de la resistencia, pronunciamientos y participación en todos los espacios organizativos del movimiento han constatado ante la cultura hondureña que en el país sí existen lesbianas, homosexuales, travestis y transexuales, y se interesan por la política para todas y todos. La comunidad LGBTI politiza su experiencia junto al resto del pueblo hondureño con la certeza de que *No hay libertad política donde no hay libertad sexual* y que las luchas ya no pueden hacerse separadas, ni una va primero, ni es más importante que las otras.

Para las insurrectas autónomas

Kenia, Yesenia, Alondra son algunos nombres tomados de sueños, de películas, de farándulas. Estas que son mujeres de noche, de día nadie sabe quiénes son, qué hacen y dónde están. Sus vidas oscilan entre las expresiones de ridículo hacia sus cuerpos contruidos a imagen y semejanza del deseo propio, y la venta de servicios sexuales a hombres que pagan clandestinamente con dinero una sexualidad que no logran admitir en palabras al sol.

Las travestis son tantas en la ciudad de Tegucigalpa que pueblan esquinas completas a ciertas horas. Desfilan con cuerpos esculturales en ropas alucinantes y generan inquietud, miedo y sorpresa. A mi sobrina Luna le parecen bellas y admirables. Son en su mayoría pobres, como casi todo la hondureñidad. Trabajan en la calle y viven la mayor parte de su vida en condiciones duras, y muchas son parte de la resistencia por que han visto en la calle la injusticia y la conocen, y porque algunas están organizadas en un movimiento autonombado de la diversidad sexual, que pese al conservadurismo nacional, ha crecido en los últimos años, tanto en número como en propuesta.

Una tarde, el COPINH⁴ decidió hacer una crucifixión colectiva. Se levantaron las cruces en la Plaza de la Resistencia, antes parque La Merced, y ahí sus cuerpos indígenas fueron tomando la posición de quien ellos consideran un perseguido y sacrificado por otro orden imperial y violento, aquel Jesús católico. Se van turnando las mujeres, los hombres. La gente pasa y mira y pregunta. Se explica la razón de que se haga una actividad con esta carga simbólica para quienes no la entienden, que son la minoría. Hay quien simpatiza y se queda a conversar, a entender, a descubrir a sus pueblos de origen, de quienes sólo se conocen historias pasadas en polvosos libros escolares.

4 Consejo Cívico de Organizaciones Populares e Indígenas de Honduras. Una de las organizaciones de lucha de los pueblos indígenas en el país, que ha sido pilar de la resistencia popular.

13 colores de la resistencia hondureña

De este tumulto emergen dos travestis. Una de ellas tiene un vestido con lentejuelas en el escote, y como aún hay mucha luz, el reflejo chilla en la mirada. Haciendo juego, su minúscula bolsa brillante casi desaparece en una mano muy grande, y todo se balancea cuando ella avanza con sus enormes tacones. A su lado, su compañera se ordena la cabellera rubia y peinada y unos aretes largos. Empiezan la jornada de trabajo y se dirigen a los lugares donde con suerte encontrarán clientes.

Los compañeros lencas⁵ observan con mucha sorpresa en los ojos a estas dos mujeres que parecen hombres, según me dirían después, confundidos y haciendo preguntas que nunca se habían preguntado sobre cuerpos, formas, intentos, modos de vivir. Pero no es esto lo que relatarán en sus lejanas comunidades de procedencia cuando platicuen su encuentro con estos personajes, junto a un fogón y café caliente, rodeados de niñas y niños que no quieren dormirse temprano para no perderse los cuentos de los que andan en la Resistencia en la capital. En ese entonces, reunidos con su familia y vecinos de la comunidad, cuando hablen para entender los caminos de la lucha y de quienes luchan, y cómo cada uno tiene su propuesta que el otro a veces ni conoce o no entiende porque no sabe, con las luces del fogón en los rostros, recordarán con detalle la escena.

Una de estas desmesuradas mujeres se acercó a las cruces, escogió, según dijo, la más bonita, y dejando al cuidado de alguien de confianza sus enormes y caros zapatos afilados, se subió a ella. Ahí, brillante y glamorosa, se unió a la crucifixión, sin importarle dónde quedaba Galilea o el Gólgota, impulsada por este pueblo en resistencia que, si como dice lucha por los marginados, debería incluirla, así como a su abuela, una lenca de la comunidad *que tuvo que dejar por mi manera de ser*, dijo a quien quisiera saberlo.

Erguida en la alta cruz que apuntaba al pálido azul de la tarde capitalina, Kenia, Yesenia o Alondra sintió correr en su sangre la sangre de su abuelo Lempira.

⁵ Lenca es el nombre del pueblo indígena más numeroso en el país, a ese pueblo pertenece Lempira, el cacique que enfrentó la colonia.



Tres

13 *colores de la resistencia hondureña*

En Honduras existen feminismos que abrevan de fuentes diversas y tienen prácticas igualmente distintas. La CODEMUH, Colectiva de Mujeres de Honduras, se define como una organización feminista que en sus orígenes, al igual que otros grupos como la desaparecida Red de Mujeres de la Zona Norte y la Colectiva Engavilladas, privilegiaron prácticas que se han ido perdiendo dentro del feminismo, la del autocuidado, la del tiempo para escuchar y entender los dolores, los recuerdos terribles y dolorosos, las penas y alegrías que en colectivo se curan y se comparten y que son corazón de las luchas.

Como casi todos los movimientos sociales sujetos al vértigo patriarcal y golpista que nos trae y nos pone donde quiere, la mayoría de las “agendas” de los proyectos políticos dejan por fuera las emociones y las búsquedas de la salud mental y el espíritu. Desafortunadamente, cuando llega la hora de proyectar futuros colectivos volvemos a deshumanizarnos, y nos vemos como gente con necesidad material, pero no con deseo, con dolor, con rabia, con sueños. De una en una, las feministas vamos señalando que no podemos mantener la izquierdísima idea de que para luchar se exige un cuerpo y un espíritu mítico, donde no cabe ni el lamento, ni el miedo, ni la duda. Un ser, “el nuevo hombre”, que sólo está representado por aquellos que ya están muertos. o que deben esconder su vergüenza humana llena de errores, voluntades y tristezas. Algunas feministas decimos que así no puede seguir la cosa.

A Zoili y su persistente aroma rebelde

Cuando la maquila llegó a Honduras, la ciudad de Choloma, antigua y pequeña, más o menos polvosa y cruzada por un río, parecía ser lo que siempre fue: un viejo territorio indígena con amplias zonas rurales verdes y hermosas. No había el horizonte de cuartos de cemento y zinc, naves industriales enormes y ruido de autobuses todo el día que hay hoy, y mucho menos se diría lo que hoy se asegura, que es una de las ciudades con más violencia en la zona norte del país⁶.

Cuando la Colectiva de Mujeres Hondureñas, CODEMUH, llegó ahí, trabajando con opciones de comida a base de frijol de soya y conversaciones largas sobre las vidas propias, las mujeres estaban también llegando de muchos lados atraídas unas por las otras y la “oportunidad” de ser explotadas asalariadamente en un centro maquilero, ante la ausencia total de ingresos en el campo, más y más empobrecido. Asistían con energía y buen ánimo a eso que se llama trabajo en Honduras y que se supone debe agradecerse, -como es en todo el mundo-: círculos de explotación inagotables que generan una enorme riqueza para transnacionales textiles o de tecnología extranjera.

Como suele ser su costumbre, las mujeres de la CODEMUH se juntaron para hablar de lo que pasaba en el país y cómo impacta en la vida de su organización y en la propia. Entonces hablaron del golpe de estado y de cómo ser parte de esta fase de la Resistencia con su discurso y su cuerpo feminista, ellas con tanta experiencia en resistir al orden patriarcal en todos los ámbitos de sus vidas. En la cama y la cocina, en la fábrica y los movimientos, en la vida entera.

⁶ Dos ciudades de Honduras, San Pedro Sula y Tegucigalpa, se encuentran en la lista de las diez más peligrosas del mundo.

13 *colores de la resistencia hondureña*

En una de esas asambleas llenas de mujeres jóvenes y de veteranas que ya no son carne de maquila, pero se responsabilizan por hacer el trabajo político conjunto, se discutía una vez más la lucha y la manera de estar en ella, los problemas más graves de organización y el tema tan difícil de cómo “aliarse” con quienes deberían ser sus compañeros, pero que continuamente las desconocen por no ser una organización de tradición sindical, sino de mujeres.

Una mujer nacida en un pueblo de mayas hablaba haciendo entender su profunda palabra con sencillez, así que doblemente profunda. En uno de sus comentarios afirmaba que el pueblo de Honduras se parecía a aquel famoso David bíblico enfrentado a un monstruo de empresarios, militares y derechistas internacionales; que sin duda la Resistencia tenía fuerza y había encontrado, de tanto andar y discutir, la honda con la cual derrotar a aquel enorme enemigo. Sin embargo, afirmó, falta encontrar la piedra precisa, aquella que logre dar en el punto que va a tambalear al gigante hasta hacerlo caer, sin que se vaya la vida de miles de hondureños y hondureñas en ello, sin guerra civil entre pobres matando a otros pobres.

Después de estas palabras, el silencio se hizo en la asamblea, sólo el ruido infaltable de los ventiladores se establecía como una sonata tropical; cada una de las mujeres cavilando e inventando la imagen, la victoria o la derrota según el ánimo que la acompañara; y los recuerdos de persecuciones, voces colectivas, colores y miles de personas en las calles volvieron a pasar por los cuerpos que saben mucho de memoria. Una recordó la vergüenza ante sus hijas porque se orinó encima cuando vio a los militares avanzar contra ellas en una de las marchas más violentas en la costa norte. Por los recuerdos volvieron a pasar los terribles golpes recibidos, las muertes de las mujeres y hombres que luchan, la rabia de ser obligadas a marchar en las manifestaciones de los que dicen defender la democracia vistiendo de blanco, para luego tener que explicar a los puristas en sus análisis de los movimientos que no iban a las marchas blancas porque querían, y que en nada se reñían sus convicciones con su necesidad y derecho a trabajar.

Desde atrás, una mujer de pelo rizado, de cuerpo rebosante en carnes de esos que desafían todos los pronósticos médicos, gozosa y dicharachera, mera mera costeña se levantó al tiempo que pidió la palabra. Fuerte esa palabra, acostumbrada a levantar y acostar niños y niñas para ir a la escuela, a exigir la parada del bus cuando parece que no se puede competir con el reguetón a todo volumen, practicada en andar vendiendo cosas en la calle y otros oficios, y atemperada a gritar consignas por *la salud y el derecho al empleo, sí, pero con dignidad*: Mire, dijo con claridad, *yo no sé si eso que usted dice es lo que yo pienso, pero yo creo que el pueblo de Honduras ya encontró no sólo la honda sino que la piedra*, y con un gesto teatral, tomando su tiempo para calcular el impacto de su acción, sacó de su bolsa morada un piedra, mediana y lisita. Esta, señaló, *desde el Golpe siempre anda conmigo, igual me sirve para un chepo como para cualquier otro hijueputa*.

Un rumor de carcajadas creció en el salón. Como ella, otras mujeres se levantaron sacando sus propias piedras de sus mismas bolsas moradas, llenas de cosméticos, toallas para secar el sudor y papeles. Y en una sola sinfonía de risas, las mujeres compartieron sus poderes, sus saberes y las lecciones aprendidas.

Entre ellas, cualquier David estaría feliz, aunque ahuevado y pensativo.

13 colores de la resistencia hondureña

24



Cuatro

13 colores de la resistencia hondureña

El día 26 de febrero del 2011, día de la asamblea nacional del Frente Nacional de Resistencia Popular, un señor de ojos dulces y sombrero campesino se acercó a los micrófonos de la radio Gualcho, la radio local de la resistencia en Tegus. Se presentó como José David Murillo. En las ondas radiales, el señor habló sobre su hijo Isis Obed y su legítima decisión de luchar, explicó que el muchacho tenía sus razones y que él nunca le hubiera impuesto que fuera a las marchas. Contó de su familia de doce hijos, donde Isis era el séptimo, de su comunidad en la montaña olanchana, de la persecución contra ellos que no ha parado y de su inquebrantable fe evangélica.

En estos tiempos de Golpe es muy frecuente que la gente, movida por el miedo, la rabia, la vergüenza y quién sabe qué mas, acusen a quienes resisten de los actos de maldad de otros, de complicidades indeseadas. Para desacreditar el movimiento, la prensa y muchas voces de la calle repiten que la resistencia es sólo zelayista, que Hugo Chávez paga por ir a marchar, que Ortega tiene dinero puesto en las organizaciones y otras leyendas. Como respuesta, la gente de la Resistencia se defiende con acusaciones como golpistas, oligarcas, cobardes, vendidos. Rotas están muchas familias, amistades, relaciones de todo tipo.

Al papá de Isis Obed Murillo, asesinado el 5 de julio del 2009 por francotiradores, la crueldad de la gente lo responsabiliza de su muerte. Y aunque no daría fe por el gentío de la Resistencia, y sé que como en todos lados habrá quién trafique con su conciencia, pondría estas dos manos sobre el fuego por la honorabilidad de Isis Obed Murillo y su familia.

Para Naún y Nelson, mis otros hermanos

Ella vino de lejos. Vino de una aldea pobre y verde donde se le acabó la ilusión de una promesa de amor incumplida por un hombre que no dijo ni adiós; y traía con ella muchos niños por crecer y alimentar.

Ella vino sola, con sus cajas de cartón y poquitas cosas, una foto, imágenes de santos, ropa usadísima, remedios.

Ella vino con su fuerza. Llegó a un barrio de la capital donde una amiga con otros niños también por crecer la esperaba en una casa tan pequeña como la esperanza que ahora traía. ¿Qué voy a hacer aquí? se preguntaba, y miraba a los niños y la niña que dormían tan a gusto en aquel rinconcito donde les dieron posada. Lloraba y dormía del cansancio, pues la pena cuánto más honda, más cansa. Y con el talento de una abuela guanaca recia que la crió y le enseñó el valor del dinero bien trabajado, y la sonrisa suya que le iluminaba la cara y el corazón, se fue organizando para vender y comprar, andar por calles hostiles y nuevas, y entender que sólo ella y su amiga podrían salvarla del desastre, y con ella a su pequeña familia.

Y es largo el cuento, como largas son las historias de las mujeres de este pueblo y de otros que son expertas en sobrevivir a las opresiones y sacar adelante a tantos más; pero resultó que un buen día una señora que la adoptara como hija, sustituta de aquella que se le perdiera en un desierto de inmigrantes, en probables tumbas colectivas, le compartió un espacio en el mercado y pudo vender tortillas, pan, hierbas, flores, chunchitos de plástico, sandalias, hasta llegar a tener su puesto de comida: **Merendero Paty**. Eso sí era lo suyo, ahí llegaba con el alba recién estrenada de cada día, en la ciudad de indios donde estaba el mercado. Bajaba con los cipotes ya todos en colegios, expertos en tomar buses y ayudar a su mama, y adiestrados para no dejarse engañar por hombres abusivos. Paty, la chiquita, ya casi iba a tercer curso.

13 colores de la resistencia hondureña

Los años habían pasado, Ella era mayor y la ciudad también cambiaba, era cada día peor, más dura, pestilente y más llena de pobres, y parecía triste y avasallada porque aún no reventaba como en un cielo de cohetes de vara la resistencia popular. El merendero tenía muchos clientes, la comida era buena y la anfitriona más. Su corazón se había cerrado al amor por miedo al sufrimiento, pero se le salía la dulzura en la sopa de mondongo y en los caldos de gallina, su especialidad. *¡Qué no cura un caldo de gallina, hija!* me dijo un día, con una enorme certeza. Y frente a un gran plato de loza china rebosante de sopa caliente, lloré una vez más por todo y me dejé curar por Ella. Llegué a ese lugar por la fortuna de quien tiene amigos arqueólogos para la vida y siempre saben dónde está el mejor caldo, la mejor boca, la carne asada en la madrugada.

Ya en esos tiempos la vida social se nos había desdibujado y sólo se encontraba una con sus amistades en las asambleas y en las gaseadas de las marchas, otras se fueron para siempre, y a Ella la perdí de vista. Pero un día pasé por el mercado y la necesidad de un caldo de gallina para acallar la rabia que tenía contra los asesinos de Isis Obed Murillo, y el dolor por haber sido acusadas de cómplices morales de su muerte, me hicieron buscarla. El puesto estaba cerrado. Vi de lejos el candadote en la puerta. *¿Y qué se hizo?* Pregunté a su vecina, que palmeaba tortillas y cantaba una canción contra Satanás, *pues usted mire, es que ella no es completa de la cabeza, ahí dejó un papelito.*

Cierto, me acerqué y vi en color azul un mensaje: Hoy no abrimos, nos fuimos a la Resistencia.

Ella vino con su fuerza.

Ella es la Resistencia.

Ella merece el nombre de su madre: Honduras.



Cinco

CINCO

Sandra Cárcamo no es que decidió ser mamá, como pocas mujeres lo deciden, pero tuvo dos hijos: un niño y una niña. Los crió con mucha dificultad porque ser mamá y comunista como que no calza fácil, no cuadra. Demasiadas reuniones, muchas carreras, viajes. Pero ahí fueron creciendo en una casa llena de manifiestos, compañeros, reuniones largas y humo de tabaco.

Cuando el Golpe cayó sobre todas, los hijos ya eran adultos. *Bueno*, le dijo el muchacho, *hoy llegó mi turno, toda la vida he escuchado hablar en esta casa de la revolución y que uh, que ah. Hoy sí, me toca y no me vas a andar jodiendo, te aviso que ni el teléfono te voy a contestar, Cárcamo*. Tenía la costumbre de llamarla por su apellido desde chiquito, nunca le dijo ni siquiera el nombre propio, menos le decía mamá. *Debe ser porque siempre los traté como en el ejército*, se reía Sandra cuando me contó la historia. De su hija mayor no hablaba mucho, tenían problemas desde que aquella era adolescente y le reclamaba continuamente su ausencia de sindicalista empedernida.

La muchacha estaba casada con un militar, un tipo joven y apuesto. El hombre la golpeaba, y ella inventaba aquello de la caída de la escalera, del choque con la puerta, etc, etc; pero él viajaba mucho, y Sandra, más sabia que vieja, le pagó a su hija unas clases de defensa personal. Sin que el marido se enterara, fue teniendo cada vez más habilidades y cintas. Obtuvo la cinta negra en la clandestinidad. Un día de esos después de aquel junio, en un bus urbano, el militar, ensoberbecido de poder, empezó a insultar a su mujer. Ella no contestó nada, sólo se le pusieron las manos sudadas, el hombre era celoso y le recriminaba supuestos amantes. Al ver que no decía nada, se levantó del asiento y la jaló de un brazo: *Bajate, puta*, le dijo, la agarró del pelo y la obligó a bajar. Vestía de fatiga militar y sabía que la gente no se metería en la pelea, traía su arma de reglamento visible en la cintura y todo el mundo en

Honduras conoce el poder de un chafa⁷. *Putá, le repetía, si no fuera por esos culeros de la Resistencia yo estaría aquí para vigilarte, pero como no estoy, seguro que te coge cualquier pendejo.*

Todas las rutinas sociales estaban rotas, todos los militares movilizados incluyendo a los reservistas⁸, y al igual que éste, todos estaban hartos. Los que golpeaban a la gente en las calles vociferaban indignados: *Ya dejen de joder, váyanse para su casa, estamos cansados de ustedes, ¿ustedes no se cansan, hijos de puta?* Pero la gente de la Resistencia no se cansaba porque de eso exactamente se trata.

Ya en la calle, mientras la seguía sujetando del pelo, el hombre la arrinconó contra una pared, ella sintió como el arma le golpeaba la cadera y respiró profundo. No hay mal que dure cien años, se dijo, como decían las miles de voces compatriotas que gritaban en la calle contra el imperialismo que por siglos ha tratado al país como su finca bananera, y usando sus horas de entrenamiento más la sorpresa de un hombre acostumbrado a dar golpes y no a recibirlos, tuvo a bien dejarle ir lo que en Honduras dicen una reverenda vergueada, que si no es porque un señor que vendía lotería le grita, *déjelo que lo va a matar*, eso es lo que hubiera sucedido. Para despedirse, ella le puso la pistola en la sien y le dijo: *esta fue la última vez, ¿entendiste o te lo vuelvo a explicar?* El militar temblaba. La muchacha pasó a las filas de la comisión de seguridad de la Resistencia. Ahí se encontró de otra manera con Sandra, su madre.

Sandra Cárcamo andaba loca con las miles de actividades del sindicato, no sabía nunca dónde estaba su hijo y no se atrevía a preguntarle. Una madrugada calurosa, mientras descansaba

7 Chafa: nombre popular para llamar a los soldados, regularmente se le acompaña con otros adjetivos que no señalaremos aquí.

8 Los reservistas son veteranos del ejército. Igual que ellos, vencidos en las guerras contra otros países, y animados patriotereros para reprimir a la gente de su pueblo.

13 *colores de la resistencia hondureña*

en su casa de toda la vida, sonó el celular. Apenas se había dormido y soñó que estaba en una reunión, en un lugar extraño como un garaje viejo; ella había estado en reuniones en lugares más raros que un garaje viejo. Lo inusual es que mientras transcurría la reunión, el suelo se llenaba de una especie de espuma de jabón, como la que se hace al lavar la ropa. Nadie parecía notarlo, pero ella sí, y cuando quiso decirlo a quienes estaban en el lugar, la despertó su celular: era el timbre de La Internacional.

Aló, dijo con la voz aún dormida.

¿Mamá?

Como relámpagos vinieron a su recuerdo el día del parto de su hijo, cuando se tragó la moneda y por poco se muere, cuando ganó un premio en oratoria, el primer día de la madre en su escuela, cuando lo encontró borracho en una cantina, cuando, cuando.... Lo van a matar, pensó, si me dice mamá es que lo van a matar, y se le reveló lo fácil que era decirle a un hijo que luchara y lo doloroso pensar en su muerte a manos de un enemigo, probablemente un hondureño pobre como él. A Sandra el vientre completo le dio un vuelco como cuando se vacía una tina llena de nada.

Hijo, le contestó, ¿qué pasó?

Esos cabrones están a dos casas de aquí, estamos oyendo que rompen las puertas a patadas y están golpeando a la gente. Ayúdame, llámame a alguien, estamos en la Centroamérica⁹.

⁹ En las noches del golpe, mientras el toque de queda nos sitiaba en las casas, la policía atacaba barrios que consideraba más peligrosos. Entre ellos estaba la colonia Centroamérica, el Hato del Medio y El Pedregal, en la ciudad de Tegucigalpa. Con saña, miembros de escuadrones policiales y paramilitares tiraban bombas de gas lacrimógeno dentro de casas donde dormían niños y niñas inocentes. En lugares como la colonia Villanueva, barrio marginal de Tegucigalpa, se sucedieron masacres numerosas de jóvenes.

Ni siquiera estaban en la misma ciudad. ¿Cómo podía desplegar sus brazos y traerlo de vuelta, protegerlo con su cuerpo? Su hábito para enfrentar la adversidad saltó.

Escóndanse lo más que puedan. No se metan debajo de las camas.

Estoy debajo de una cama.

Bueno, no te preocupés, ahorita vamos a buscar ayuda. Hijo, estese tranquilo, hijito, ya va a ver que los compas saben qué hacer. Ahorita llamo a quien sea.

Sí, apurate, ahí vienen.

Y colgó.

Hizo frío de pronto en la noche calurosa. Una comunista no reza porque no sabe hacerlo. Por su cabeza pasó la vecina de su mamá y los rosarios que nunca escuchó, a los que iba sólo para ver un cipote que le gustaba. Una comunista hace otra cosa. Llamó a todo el mundo, al credo de la solidaridad, los compas ya sabían y estaban haciendo lo que podían. Llegaron antes que la policía y rescataron a todos los muchachos escondidos debajo de las camas. Ellos sí tuvieron suerte, no como los cuerpos de otros jóvenes amarrados y torturados que aparecían en los ríos, sin nadie que dijera su nombre en alto.

Y en la mañana del día después Sandra Cárcamo olvidaba la absurda rudeza de la militancia, besaba los pelos y la piel del hijo salvado. Se burlaron interminablemente uno del otro, con ternura, con la alegría de estar vivos.

13 colores de la resistencia hondureña



Seis

13 colores de la resistencia hondureña

En la región centroamericana crecemos peleados por razones de nación de hombres blancos y millonarios, aunque todas somos naciones pobres, colonizadas, llenas de ladrones sin cárcel que nos gobiernan y azuzan las diferencias entre los pueblos mientras ellos comen en la misma mesa y hacen vacaciones en las mismas exóticas playas sin que su pasaporte sea un problema. Así es como los conflictos binacionales se extienden en la historia, ya sea para abrir un mercado o para cubrir con escándalos problemas más relevantes. En esos momentos se tocan los himnos nacionales repetidamente y se regalan banderas. Así es en Centroamérica y en otras partes del mundo; es un juego que les gusta jugar a los patriarcas. Pero mientras para ellos es sólo un juego, el resto lo tomamos en serio, o eso parece. Burlarse y despreciar lo tico es una costumbre que nos une a los y las demás centroamericanas. Nos da envidia su bienestar, nos emputa su soberbia y nos dan risa malvada sus modos afectados. En reuniones regionales eso siempre permanece, aunque sea debajo de la mesa, expresiones como: *Pues es que es tico. ¿No ves que son ticas?, ¿qué esperabas?* Así nuestras propias debilidades y vergüenzas culturales se destiñen y pasan desapercibidas. Pero la vida y las luchas son escuelas. Y una tiene la posibilidad de aprender nuevas lecciones.

Las ticas con su erre rara, que suena agringada. Su *con mucho gusto*, que a veces es y a veces no es. Con su preocupación por la imagen linda y joven con la que intentan espantar a la muerte, con su ejercicio como norma, su verde país como estandarte, su lucha por la vida buena que aún tienen y que desaparece velozmente.

Las ticas, mis hermanas, con su rebeldía sin control, con su rabia por un TLC impuesto a punta de fraude y de cuya derrota mañosa aún no se levantan todas, con sus grupos llenos de no ticas, pero encontradas en el mismo país, con sus burlas sobre sí mismas, sus inculdicables luchas feministas, con su vergüenza por compatriotas que lucen banderas como espadas sobre oscurecidos migrantes.

Hay ticas y ticas; hay gente y gente. Cuando el Golpe del 28 de junio del 2009 fue dado sobre el pueblo hondureño, los correos y las llamadas internacionales abrumaron. De todas partes venían solidaridad y manifiestos de rechazo. Los primeros días todas y todos pensamos que podíamos revertirlo, por eso tanto tiempo en la calle. Afuera también se creyó posible esta reversión, ingenuamente, pensamos más tarde, porque la ingeniería de este golpe estaba bien calculada desde mucho rato antes y con enorme experiencia, tanto que aún se sostiene, al igual que nuestra lucha. En afán de solidaridad internacionalista cayeron cientos de misiones y observadores en el país que hicieron trabajos importantísimos que a los golpistas todavía no han afectado, pero mantuvieron viva una compartida voluntad de resistir y dieron ánimo a la gente. Las acciones regionales se organizaron logrando preocupar por unos días a la oligarquía regional, quien hizo lo suyo juntándose y financiando parte de la logística golpista.

Así también llegó de todo, buscadores de sentido de vida en revoluciones de moda, coleccionistas de anécdotas y amores internacionales, seres tristes deambulando en pos de algo de lo cual asirse para estar vivos. No es que estas razones fueran de por sí ilegítimas, pero nunca son las que están explicitadas, son como siempre las ocultas. Escuché en muchos

13 *colores de la resistencia hondureña*

acentos latinoamericanos y de más allá, las recetas y soluciones de cómo debíamos hacer en el país para organizar una verdadera revolución, y oí citas del Ché Guevara como si una iglesia se fuera a levantar en su nombre. La mayoría de esa solidaridad se fue a buscar el próximo destino revolucionario. Algunas quedan y persisten, dentro y fuera del país. Entre las que persisten están varias iniciativas feministas articuladas¹⁰ y muchas que desde su posibilidad personal resisten entre ellas y con nosotras.

Por meses, las Feministas en Resistencia Costa Rica se estuvieron reuniendo y movilizand. Ahí se encontraron las más reconocidas feministas que no se encontraban en ningún otro espacio, a las que el hablar sobre Honduras no les provocaba tanto malestar y sí mucha indignación; se mezclaron las jóvenes y las otras sin las clásicas discusiones sobre el adultocentrismo y los liderazgos que luego avasallan las voluntades colectivas. Había que actuar con rapidez. El escenario del golpe se movió a San José y el señor Oscar Arias, experto en maniobra, era el personaje elegido para ésta. Las FER Costa Rica saben quién es y la posibilidad de la farsa estaba presente desde el comienzo. ¿Negociar? Si no era capaz de dialogar con su propio pueblo, ¿Arias va a negociar?. Los plantones de apoyo a Honduras comenzaron pronto, en principio con todo el resto de la oposición en la capital. Aún estaba cerca la energía rota de esa impresionante gesta contra el TLC y el fraude dolía, dolía muy hondo; la resistencia hondureña era una continuidad de la suya, como lo son todas. Para el sentido político de activistas en Costa Rica, que ha disfrutado de algunos logros de la democracia patriarcal, un golpe de estado era solamente inaceptable, contra el que había que mover todo.

Una mañana, cuatro mujeres de ese colectivo fueron con sus pancartas ante el edificio de la CIDH para hacer manifiesto su apoyo a que se enjuiciara a los golpistas que reprimían al pueblo hondureño. Estuvieron ahí toda la mañana. Un joven se acercó y dulcemente les

10 Además de las ticas, siguen en solidaridad activa las compañeras de Pañuelos en Rebeldía en Argentina, Colectivo Pan y Rosas, Redes centroamericanas y otras feministas autónomas en el mundo.

pidió permiso para tomarles una foto. Un señor del vecindario les trajo limonadas y galletitas. Hasta que apareció la policía. Dos agentes uniformados, cuaderno en mano, saludaron a las mujeres. Uno hacía preguntas y anotaba. El otro comentaba por su radiotransmisor, que hacía estática y generaba bips y claves,... *enterado... sí... copiado... aquí hay una manifestación... sí... parecen pacíficas... sí... algo de... espéreme... sí, ni golpes de estado ni golpes a las mujeres... sí.. No, es algo de Honduras, sí, copiado, copiado. No sé.. esperame.. Hey, señora.. ¿va a venir más gente?*

Las que ya eran cinco mujeres se mantuvieron con sus carteles morados mientras escuchaban el éxito de su jornada. Ya eran mencionadas como una manifestación, más de lo que ellas se imaginaron, pues sabemos que las movilizaciones feministas nunca son tan numerosas como para ser nombradas como tales.

Disculpen señoras, les comentó cordialmente el policía que escribía en su cuaderno, si en ese país puede haber uno que otro policía cordial. *¿Ustedes no creen que allá en la rotonda las va a ver más gente? A esta hora del mediodía pasa mucha gente por ahí.* Por la tarde se fueron a la rotonda. Ellas pensaban que si las feministas hondureñas estaban en la calle todos los días, harían lo mismo. Así se turnaron en su nuevo lugar por sugerencia policial, con carteles nuevos, con consignas, ahí pintaron mantas, soportaron lluvias, recibieron señales de apoyo, insultos y sol. La rotonda, antes usada para celebraciones futboleras, es hoy, como algunas sabemos, la rotonda feminista. De once a una de la tarde se citaron ahí para manifestar con su erre tica su apoyo incondicional y perseverante a la RResistencia Feminista.

Como siguen haciéndolo todavía desde todos los espacios posibles.

13 colores de la resistencia hondureña



Siete

Para mi abuela Amalia

Bajo la santísima mirada de la madre de Jesús, doña María, la virgen, me tocó dormir varias noches a causa de las incomodidades y carreras que nos trajo el golpe de estado. Una capilla privada dentro de la casa de gente acomodada me rescató de la vigilancia y la posibilidad de represión en mi cuerpo. Ahí me sentí extraña y un poco asustada por tanta escultura sufriente. La imagen de joven madre, sonriente y con cara de mujer aragonesa me cuestionaba. ¿Cómo es que una llega a estos lugares? una tan atea y esa imagen tan virgen.

La gente que nos dio refugio era pura resistencia, como se categoriza en el país a quienes no claudican. Hace mucho, un hijo suyo fue luchador de ese pueblo de gente necia y chiquita que habita en El Salvador, me contó la señora de la casa con un café delicioso.

Ella también fue peregrina, como usted, me dijo, y señaló a la escultura que no dejaba de mirarnos con cierta lástima detenida. La persiguió otro imperio: el romano, ellos estaban en contra de la gente que luchaba porque Jesús era un luchador, me explicó aquella señora y entró en largos detalles que me hacían pensar que pudo haberle dado catequesis a Frei Beto.

Tuve tiempo de observar con atención el sacro espacio, las imágenes, el mobiliario y los colores. Las noches eran largas y de zozobra, de radios escuchadas bajito y mucho trabajo en silencio. Nuestro destino estaba roto y nada podría zurcirlo, ya los planes de antes de junio del 2009 se habían esfumado dolorosamente y sentíamos que la desgracia se cernía sobre todas; a mí el vientre se me llenó de vacío y el tiempo amoroso se me nubló de mentira; pero la fuerza del movimiento de tanta gente en resistencia nos daba luz en la oscuridad, y la solidaridad fue un bálsamo para cada herida. Como a mí, a mucha gente la recibieron en

casas, en escuelas, en barrios donde no importaba el nombre ni la procedencia; cuando la represión arreciaba siempre se abría una puerta, se prestaba un teléfono, se daba un vaso de agua y se lloraba. ¡Ay!, ¡cómo lloramos de indignación, de emoción, de tristeza!,

En uno de los pilares de la capilla había una foto, un hombre joven que sonreía: era el que había luchado allá del otro lado del río Torola. Murió de manera trágica y el templo era dedicado a su memoria. *Él estaría contento de que esté aquí*, me dijo la señora con dulzura, *fíjese cómo es la vida*, comentó dejando para sí todo lo demás de su entendimiento. Pues sí, pensé yo, la vida la lleva a una a lugares insospechados y a mirar como quien mira a través de un caleidoscopio.

Dejé el templo en cuanto pude. Cada vez que paso por ahí le llevo flores a la señora que sé las llevará a la otra peregrina, a la perseguida por el imperio romano.

*Tengo una hija en la mente
y un duelo que me llena el vientre de nada
Perdí amigas
niños hombres que no conocí
Me quitaron los golpistas la vida que no había venido
y me dieron un tropel de mujeres indignadas
con ellas canto en silencio
conspiro en las miradas
por ellas resisto
al aliento de la palabra envenenada
al abismo de la guerra
que nos llama*

13 colores de la resistencia hondureña



Ocho

**A la abuela Tencha, corazón rebelde y liberal que nos acompaña
en la sangre de su hija y nieta**

Doña Rosa ha trabajado treinta años en el mismo lugar. Ahí aprendió a usar delantales blanquísimos y de etiqueta para cuando la familia daba fiestas, lo cual hacían seguido. Últimamente llegaba mucho el Cardenal y unos señores panzones vestidos de militar, unos hombres que hablan en inglés y otros que parecen turcos. A esa casota siempre llegan muchas personas ricas.

Ella vive en una casa muy pequeña hecha con bloques y láminas de zinc que les dio un candidato a alcalde que apareció una semana antes de las elecciones por el barrio. El zinc estaba usado y tenía hoyitos, pero servía. Ahí se levanta de madrugada, reza un rosario y le deja la comida lista a su nieta que está en el colegio. Abre la llave para ver si de milagro llega el agua, pero ahora viene cada vez menos y doña Rosa se acuerda de la aldea donde nació y cómo el agua reventaba los tubos de tanta presión que tenía. Atravesaba Tegucigalpa hasta llegar a la colonia donde casas enormes con más carros que personas estaban vigiladas por guardias privados.

En ese lugar, un día escuchó hablar por primera vez de la llegada de Chávez. Los señores estaban alarmados porque el comunismo iba a llegar al país, porque Mel los iba a dejar entrar y se iba a hacer todo una mierda, como en Cuba, y que ese hombre se iba a llevar a los niños y a las jóvenes. Por la tele, un hombre mulato apuntó con un rifle directo a la cara de doña Rosa. *¿Ese era Chávez? Ese señor negrito es igual a mi tío Ramón*, pensó doña Rosa. Su tío Ramón era de Olanchito y había sido preso durante el gobierno de Carías por liberal; ella también era liberal y había votado por Mel, pero eso no se lo decía mucho a nadie porque se había convertido casi en pecado. Se persignó y más tarde mientras limpiaba la plata, lo cual hacía cada dos meses, se preguntó en dónde quedaría Venezuela; luego se acordó de

cuando las mujeres de su barrio le contaron que habían ido a la casa presidencial a rescatar a su presidente, pero Micheletti ya lo había despachado y sólo se ganaron unos culatazos. Ella no tenía tiempo de ir a ningún lado, menos a esos bochinches, no le fueran a dar un tiro.

Por la tarde cuando regresó a su barrio pasó por la casa del vecino, el candidato a presidente del patronato, que siempre la sacaba de dudas. *¿Chávez?*, le dijo el muchacho que tenía una mirada transparente, *es un hombre que ha logrado que la mayoría de la gente como nosotros, doña Rosa, tenga agua en su casa. Y que los hijos de los pobres puedan estudiar sin pagar nada.*

Doña Rosa llegó a su casita de tablas y zinc, dudando si es que eso era cierto. Ya estaba su nieta terminando de hacer la tarea. Era tan inteligente, pero en poco tiempo tendría que buscar trabajo porque ya no podía mantenerla en sus estudios, sólo le podía dar el colegio y ya. Y entonces, la señora tuvo una esperanza.

Mija, le dijo, vaya arreglando su maleta porque cuando venga ese señor Chávez, usted se va a ir con él, dicen que en Venezuela estudian los pobres.

¡Ah, no!, abuelita, le contestó la adolescente, yo no me voy con ese viejo, que ni lo conozco. No se preocupe, le aseguró la mujer, que ese Chávez es igualito que mi tío Ramón, y mi tío Ramón era un hombre muy bueno.

13 colores de la resistencia hondureña



Nueve

13 colores de la resistencia hondureña

Es conocido que en todos los estados dictatoriales y autoritarios se persiga a los y las artistas contestatarios, pues sus obras suelen tener un gran poder para crear contracultura y contradiscursos, de una manera que llega muy directamente a las personas. En este tiempo de organización masiva que se ha provocado en Honduras, también surgió una instancia de Artistas en Resistencia, que inicialmente se llamaron Artistas contra el golpe. Ellos y ellas, adentro o afuera de los espacios organizativos han propiciado, organizado, creado y divulgado una gran cantidad de productos culturales desde esta motivación de la resistencia: conciertos, exposiciones de pintura y fotos, libros de poesía, crónicas, documentales, obras teatrales. Con tonos que van desde el panfleto duro y puro hasta la propuesta más aguda, ingeniosa, diversa y abstracta. Por cuenta propia, como casi todo lo que ha sucedido, se dio paso a una gran cantidad de maneras artísticas de expresar la inconformidad y oposición al golpe teniendo como principal público al pueblo hondureño.

*Últimos éxitos de Karla Lara, voceaba el vendedor, incluyendo el himno nacional*¹¹...

¿Cómo?

En medio de aquella muchedumbre preparada con su pañuelo, botella de agua y paños con vinagre por aquello de las lacrimógenas, Karla se acercó al hombre que vendía “sus últimos éxitos”; ella también iba vestida para la ocasión, con jeans y camiseta feminista. En cuanto él la vio, se le acercó con despliegue de simpatía: *Mire Karlita, aquí estamos promocionando su música*. Como él, muchos otros “promotores musicales” vendían discos con la música de la Resistencia o lo que ellos ubicaban como tal; desempolvaron a Jara, a Serrat, los Inti Ilhimani, la Sosa. Todos sumados a las novedades, música compuesta en toda América Latina para Honduras: La canción del zapatazo que tiene un gran éxito entre la niñez, las hermosas canciones desde Venezuela, Colombia, El Salvador, Cuba, y por supuesto las versiones hondureñas de rancheras, boleros y corridos con letras de la Resistencia de los cuales el emblemático es el Jefe de jefes¹² dedicado a Mel.

Karla sonrió. En realidad se carcajeó al conocer a su promotor musical, pero no pudo conversar con él, pues el escenario la llamaba porque ese día además de otras actividades había un concierto. Sólo le alcanzó a decir que eso de los grandes éxitos no le gustaba para nada, sonaba a música comercial mala. El tipo se quedó pensando.

La actividad artística desatada por el movimiento había puesto en escena a conocidas artistas

¹¹ Una nueva versión del himno nacional de Honduras ha sido popularizada por Karla Lara como himno de la Resistencia. El arreglo es de Nordestal Yeco, un cantautor hondureño.

¹² Jefe de jefes es un narcocorrido popular compuesto por los Tigres del Norte, grupo musical que estuvo en Honduras y visitó la casa presidencial donde Zelaya cantó con ellos alguna que otra ranchera. Esta práctica era común en Mel Zelaya: cuando Micheletti en una de sus jornadas como presidente del congreso le reclamó uno de sus supuestos actos ilegales, Mel le contestó con una ranchera mexicana llamada No me amenaces.

13 colores de la resistencia hondureña

como Karla, quien ha sido parte de grupos musicales desde hace varios años dentro y fuera del país, pero también catapultó a novatos que se lanzaron de igual manera a la calle como a la escena. Una enorme producción de distintos géneros artísticos mezclados y en rebeldía se autoconvocaron. Junto con las pintas en los muros, se dibujaron imágenes provocadoras y evocadoras, en la calle y en múltiples recintos. En la ciudad de Tegucigalpa un gran número de imágenes fueron dibujadas en homenaje a Allan Macdonald, un caricaturista político, secuestrado junto a su hija de 17 meses el día después del golpe, y puesto en libertad bajo amenazas. Él había creado una serie de *pichingos*¹³ que son parte de la cultura de los lectores de periódicos: *El pijiriche*, un perro flaco y pulgoso, emblema de la pobreza; *El ñeco*, un niño pobre y listo que anda semidesnudo como muchos niños en Tegucigalpa; *don Víctor*, un pensador, un filósofo. Como Macdonald declaró en una entrevista pública refiriéndose a quiénes y por qué echaron a Zelaya: “Odiaron que se lleve con los feos y miserables. Por eso lo echaron.” Y por decir eso y más, a Allan los golpistas lo persiguen, como a mucha de la gente ligada al arte en resistencia.

Karla Lara se ha convertido en un símbolo importante no sólo del pueblo de Honduras, sino de las mujeres y particularmente de las feministas en la Resistencia. Ella canta y además interviene con sus palabras haciendo hincapié en la lucha contra la oligarquía, pero también contra el patriarcado y la dominación dentro del mismo movimiento y de algunos hombres y mujeres que no han entendido que se lucha al mismo tiempo contra todas las opresiones. Fuera de Honduras, Karla lleva consigo el llamado siempre urgente a que la solidaridad con el pueblo de Honduras no decaiga, pues los golpistas no han caído.

El autonombado promotor de Karla, el señor que piratea sus discos, se le acercó al terminar el concierto, conmovido, pues es su gran admirador, y después de felicitarla, orgullosamente

13 Pichingo es un nombre hondureño para decir muñecos animados, caricaturas, dibujos, etc.

le entregó un rollito de billetes hondureños. *Tome, le dijo, aquí está su comisión, no vendimos mucho, pero algo es algo. Y ya sé cómo le vamos a poner al disco, Recorrido musical de Karla Lara, ¿verdad que suena mejor?*

*“Tú no puedes comprar el aire
Tú no puedes comprar el sol
Tú no puedes comprar la luna
Tú no puedes comprar el calor..
..Tú no puedes comprar mi vida”*

(Latinoamérica, Calle 13 con Totó la Momposina, Maria Rita y Susana Baca)

13 colores de la resistencia hondureña



Diez

13 colores de la resistencia hondureña

El magisterio hondureño ha sido uno de los pilares del movimiento de la resistencia, desacreditado por los medios de comunicación se ha mantenido en la calle y en las miles de actividades en todas partes, porque hay más maestros que personas de otras profesiones y por su hacer están en contacto directo con la realidad del pueblo hondureño, es decir con la miseria y la injusticia. Todos y todas en nuestras familias tenemos profesores, y si no, otros que trabajan como tales. Para desmantelarlos, el golpismo ha recurrido a todo: asesinato, amenaza, despidos, deducciones ilegales de salario, desmantelamiento del estatuto del docente¹⁴, campañas masivas en medios de comunicación e incluso ha fortalecido una organización de padres de familia, donde casi sólo hay madres, para que sean su punta de lanza en la lucha para desmontar la organización magisterial. La educación es, sin duda, uno de los espacios claves para controlar a un país. No por casualidad los rostros y nombres de maestros y maestras nos miran desde la galería de los asesinatos del régimen actual.

14 Instrumento jurídico que fue ganado en la calle por maestros y maestras donde se consignan sus derechos y prebendas laborales. El actual congreso nacional, dicen que por error, mandó un decreto para su eliminación al periódico oficial La Gaceta.

Para Tere, Elena, Ramón, y los años compartidos en la placidez de la gramita

Cuando todo iba a pasar, pero no lo sabíamos y por eso andábamos como si nada, enfrascadas siempre en la sobrevivencia y en dramas menores de la vida diaria, lidiando con este país, y esperanzadas y desconfiadas por los cambios que parecían asomarse en ese tumulto que es la historia, Ella soñó.

Un amigo suyo que murió de manera estúpida para un hombre que había hecho cualquier cosa arriesgada en vida; en un accidente ridículo, contra un arbolito que era apenas la mitad del cuerpo enorme que poseía: el impacto le arrancó el tallo cerebral. Ese hombrón, el gordo, como le llamaba con cariño, vino en un sueño. Se veía preocupado, triste, y cuando abrió la boca pudo ver que sus dientes tenían dibujos mayas; eso le dio risa a Ella, y como la risa era el modo en que se comunicaban, se burló. Pero él la vio con demasiada seriedad y le dijo *van a ser muchos*, y abrió un gran cuaderno, un libro en donde había nombres, cientos de nombres. *Van a ser muchos los muertos*, le repitió. Y ella se dio cuenta de que los nombres se salían del libro y eran miles. Se despertó asustada y con el cuerpo frío un poco antes de la hora de salida para su trabajo.

Como miles de hondureños y hondureñas, ella es maestra y tiene que viajar una hora para llegar a su centro de trabajo. *¿Por qué no dejás ese lugar tan horrible?*, le dice su hermano, *tan lejos*. Pero ella piensa en los cipotes, esos que viven donde nadie quiere ir a trabajar por lejano y pobre; en quienes la esperan todos los días, no sólo para que les descifre fórmulas científicas sino para preguntarle sobre los vericuetos del amor, sobre la injusticia de la muerte, y todos esos misterios que ella no puede resolver, pero los escucha y les responde con nombres de canciones y retazos de poesía.

Mientras se bañaba en su reino de violetas, pues a las violetas, que son unas plantitas caprichosas y protectoras del espíritu, les gusta el ambiente del baño, pensó en el sueño y en lo que quería decir. Estaba acostumbrada a que los sueños siempre significan algo, pero no entendió nada. Hasta

13 colores de la resistencia hondureña

días después. Entonces retomó el tarot y yo empecé a leer las runas, porque los auxilios tienen que venir de todas partes y no despreciamos nada que nos pudiera dar pistas y entendimientos a la locura y miedo que vivimos. A la necesidad de esperanza y otras maneras de estar en la vida.

Después de ese sueño, ella ha tenido muchos más. El gordo siempre le avisa cuando habrá represión y muerte, porque represión hay siempre en las acciones del magisterio y la resistencia. En esos días ella tiembla de miedo, limpia su carro, carga algunas cosas de auxilio básicas y se va a la marcha con la conciencia clara de que el día después estaremos en otro funeral, llorando por la muerte de un compa, por la indignación de que mientras ellos duermen, nosotros despedimos a otro maestro o a otra maestra.

¿Y cuándo será que vas a soñar con que esta mierda se acabe?, le digo una noche de toque de queda, desesperada, cuando la desesperación era parte de la esperanza de que el golpe se revirtiera.

No sé, ya ves que serán muchos los muertos, dice el himno¹⁵, ha de ser una profecía, mirá, las luchas de nosotros los pobres siempre son así, llenas de muertos. Porque para el mundo nosotros somos como los cipotes de mi colegio, -me dijo aspirando el humo de un cigarro- sólo nosotras podemos querer a este país de verdad, los demás mejor lo ven por la tele. Así es, cada quién con su lucha.

Así habla, así sueña, su sabiduría es infinita y puesta al servicio de la vida que hoy en Honduras tiene el nombre de la Resistencia. Como el de ella, todos los poderes no materiales, no nombrables, no físicos están jugando su papel en nuestra lucha. Esos caminos llenos de misterio y de otras verdades.

Todos.

15. Serán muchos, Honduras, tus muertos, pero todos caerán con honor. Fragmento del himno nacional.



Once

13 *colores de la resistencia hondureña*

Amanda siempre dijo que su nombre era un gerundio, un verbo.

Amanda Castro murió dejando a su amada Honduras entre las patas de los golpistas, de los militares y de los ladrones mentirosos ricos a costa de su gente. Y también dejó a su Honduras en manos del pueblo insurrecto y pacífico que amaba, a pesar de que a veces tuvo que dejarlo por andar en pos de la poesía y la vida que a ratos se confunden entre sí. Murió como vivió, apasionada e intensamente, entre el horror y la esperanza.

Su enfermedad estuvo marcada por la tristeza y murió triste por el golpe y plena de haber visto a tanta gente de pie, sin miedo, con *un valor que te cagás*, decía riéndose del mal gusto de esta frase, ella que degustaba las palabras.

Se había ganado una lotería genética y su enfermedad era tan rara como mortal, pero Honduras la sanaba, y sobre todo Comayagüela, la del mercado y el río tufoso.

¿Qué hace para estar viva?, le dijo un médico gringo que no entendía su mortalidad.

*Bebo guaro*¹⁶, le contestó, *escribo poesía y estoy en mi tierra*.

Pues no sé qué hay ahí, pero siga, siga.

Todos los que se habían hecho el trasplante de pulmón ya estaban muertos, ella se salió a tiempo de aquella lista de espera mortal.

De adolescente, de tanto llamar a la muerte, un día le llegó. A la muerte no se la llama porque hace caso, me aseguraba. Y cuando vio su rostro de frente decidió que lo que más quería

¹⁶ Alcohol destilado de la caña, de precio barato y de alto impacto para el hígado.

era vivir y que por mucha mierda que le tocó enfrentar que le perforó los pulmones, había demasiada poesía en la vida. Y ella amaba sobre todo a la poesía y a todas las mujeres, pero su favorita era Honduras.

Cuando las movilizaciones eran poesía en la calle, tan coloridas, ingeniosas y a veces ingenuas; llenas de pasión, de cantos, de gritos, ella lloraba por no poder ir, y hacía que le contáramos los detalles y los sentimientos. Me hacía repetirle la historia de las mujeres que el día del aeropuerto, aquel 5 de julio inolvidable, le dieron bolsas de agua a los soldados, porque “pobrecitos los muchachos, han aguantado sol como nosotras”, y no veían la diferencia entre esos muchachos y sus nietos o sobrinos.

Ves, me decía, eso es este pueblo, estos majes golpistas no tienen ni idea de quiénes somos, ¿y será que nosotros sí tenemos idea?, ¿tienen los que llevan a la gente a la protesta, a poner su cuerpo frente al fusil?

Ella era una escuela de resistencia, su modo de resistir era refinado y potente, era contra la muerte anunciada que la buscaba, y a quien burló por años encontrando maneras para evadirla, para seducirla, para dilatarla. En los meses de golpe que le tocaron, antes del 19 de marzo en que dejamos su cuerpo en el cementerio de Comayagua, Amanda Castro, poeta y feminista, jalando su tanque de oxígeno, escribió miles de letras, reenvió información contra el golpe de estado, participó de espacios de acción colectiva, hizo ayunos y acciones públicas y privadas para colaborar con esta lucha por la dignidad que se hizo masiva el 28 de junio del 2009.

Una noche de septiembre de ese año le lanzaron una enorme piedra contra la ventana de vidrio de su habitación, ella había iniciado un ayuno de protesta en el parque central junto a otros ciudadanos. El golpe fue certero y criminal, los vidrios estaban por todas partes, y la piedra sobre la cama. No había nadie durmiendo porque ella era poca para dormir y su cuarto

13 *colores de la resistencia hondureña*

de escritura era otro. Para reparar la ventana necesito cambiarlo todo, me dijo, igual que en este país, hay que cambiarlo todo, por eso tenemos que refundarlo.

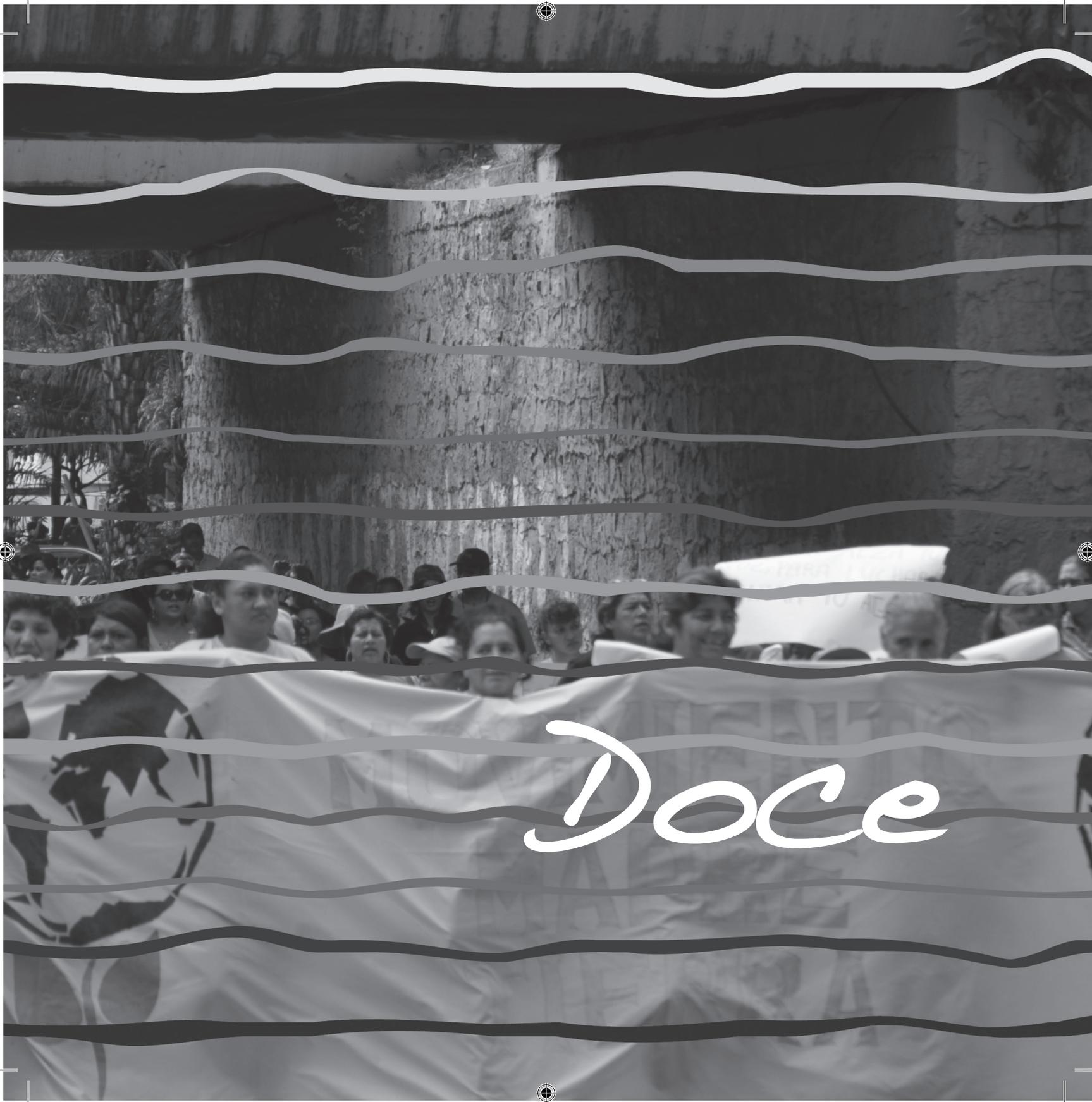
Unos días después en esa habitación de la escritura, rodeada de libros propios y ajenos, escribió un texto para el 8 de marzo, la noche en que otras mujeres le hicieron un homenaje. Un homenaje ántemo, lo nombró y lo leyó en el teatro nacional, avergonzada por la ceremonia, y feliz, rodeada de lo que le extendió la vida más allá de la ciencia médica: el amor, la poesía, la lucha de las mujeres.

Aquí sus palabras que saben lo que dicen.

Homenaje Ántemo

(fragmento)

Saber que has escuchado cada uno de mis versos
Cada palabra que he dicho en tu nombre
Saber que me valió la pena todo cuanto he vivido
Para estar un día con vos, con ustedes, con ustedas
Así como estoy esta noche feliz y comprendiendo profundamente la manera en que una mujer o dos o cuatro o más o todas logramos trascender la muerte. ¿Cómo puede alguien anteponerse a la muerte? sólo aquella alma que ha despertado y ha realizado que está viva podría hacer negociaciones con la muerte, seducirla, convencerla de que aún no es tiempo, confundirla, dormirla para que se le olvide recogerla.
Sólo una alma que vive pendiente de que se acabe el aire podría pensar largos tiempos y sobrepasar las expectativas y las predicciones que se hicieron sobre su vida
Homenaje ántemo es precisamente esta vida que tanto nos presagia la muerte, es esta luz que tanto nos duele a veces.
(...) Esta vida la vivimos porque la amamos
porque amamos
porque nos amamos.



Doce

13 colores de la resistencia hondureña

No puede refundarse un país si no se valora material y simbólicamente el trabajo de las mujeres, si no se cambia la división sexual del trabajo, porque no se reinventa un país sólo pensando en las clases sociales y su conflicto, si no también en las obreras y las campesinas, claro, las de cuerpos sexuados que además de cumplir con las labores asalariadas para el patrón, tienen que hacer millones de veces lo mismo en sus casas por esta obligación esclava y mundial a nombre de un amor que envilece a las mujeres en su tiempo, su materialidad y creatividad.

Lavar y remendar ropa; barrer, sacudir, trapear y lavar los patios; cuidar cipotes, hacerles de comer, ir a reuniones de la escuela, echar tortillas, planchar, cocer quintales de frijoles, ponerle agua a las plantas; ir al mercado, hacer que ajuste el pisto. Convivir con maridos mentirosos, chistes machistas, hijos malcriados, ladrones de barrio, dioses misóginos, políticos ladrones. Y volver a lavar y a planchar y a tender las camas hasta el día después cuando todo vuelve a empezar. El trabajo para mantener la vida no lo paga nadie, sólo se paga bien el que destruye, el de los ejércitos y los sicarios. Y las mujeres hacen su gratuita labor por que les dijeron era la suya, la que da cuenta de su amor por la familia, por la patria y la humanidad. Mierda, pura mierda, el discurso, sus portavoces y sus instrumentos.

Pero cuando las mujeres deciden por gusto y cuenta propia irse a lavar la vergüenza del país, estamos hablando de otro pisto¹⁷. *A lavar, a lavar, la vergüenza nacional* coreaban la consigna una docena de feministas en el centro de la ciudad de Tegucigalpa, mientras con escobas y cloro ponían en marcha su milenaria práctica doméstica frente a periodistas, militares y funcionarios, que un rato después lucían sus ropas despintadas por efectos del blanqueador. Restregaban el piso, la bandera nacional, repartían volantes y hablaban con sus megáfonos para recordarle a todos y a todas que su trabajo tan oculto y tan poco valorado se estaba tomando las plazas y se refería a la política de la casa, del país y del mundo, con la experiencia acumulada por años y generaciones de mujeres que no han sido atrofiadas a pesar de la explotación del servicio familiar obligatorio.

Las Feministas en Resistencia no han dejado de hacer una gran cantidad de acciones que con símbolos y actos han señalado otros rumbos en las prácticas políticas de grupos que interpelan al poder. Han usado el color, el teatro, la música; han hecho ruido, acciones sorpresivas, actos osados.

17 Es otro pisto, un hondureñismo para decir que es otra cosa, tiene otro significado.

13 *colores de la resistencia hondureña*

Un día acuerdan ir a la corte suprema de justicia donde esperarían a que doña Xiomara Castro, no la mujer de Mel, sino la mujer con discurso capaz de llevar el pulso del pueblo en resistencia, y acompañarlo en las calles, a pesar de los cordones militares y los tanques, se hiciera presente a poner su denuncia contra los golpistas por tanto oprobio a su familia y a su pueblo. De a poco fueron llegando las mujeres, como llegan todos los días a exigir al sistema, la justicia que a diario les niega. Entraron como usuarias del servicio, y desde temprano ya estaban llenos de activistas los juzgados. Otro grupo, el que traía la manta, llegó después. Como todos los edificios, la Corte estaba rodeada de militares. Adentro y afuera estaban las feministas esperando el momento preciso para hacer el piquete. Tenía que llegar la señora Castro, pero la señora nunca llegó.

Cuando se enteraron de la oportunidad fallida se vieron y se dijeron: Pues ya que estamos aquí **¿Quiénes somos? Feministas en Resistencia**. Lanzaron su consigna de presentación y desplegaron la manta llena de colores y flores, pintada por manos artistas, donde ponían su lema principal: **Ni golpes de estado, ni golpes a las mujeres**. Entre cuatro empezaron a gritar, pues el número ya no les preocupaba. Las que se hacían pasar por usuarias salieron dejando vacío la sala de los juzgados. Una jueza amiga les sugirió que se tomaran la corte, pero el ejército pensó en que eso harían y aumentó su presencia. Un camión militar se acercó al edificio. Las feministas midieron su fuerza, se mantuvieron en el plantón ya todas juntas como lo harían tantas veces, con sus camisetas de colores, sus miradas de luz contra el miedo, y sus voces altas. Se acercaron unas a otras, y cerraron un círculo de protección ante la violencia como lo habían hecho por siglos frente a machos de toda ralea y frente a la embajada americana, la embajada de brasil, el ministerio público, la casa presidencial, el estadio nacional, el parque la merced, el parque central, los medios de comunicación golpista, las sedes de organizaciones populares, y por supuesto, el instituto nacional de la mujer ahora entregado a esas otras que teniendo el cuerpo similar, son cómplices de la barbarie patriarcal.

Con sus cuerpos, las feministas en resistencia recorrieron el mapa de Tegucigalpa de una manera distinta y recobraron esa noción de territorio haciendo explícita su lógica de movimiento creativo, poderoso y no violento, pues si fuéramos violentas: “Imaginate, cuánto macho estaría muerto, já, hasta varios dirigentes de la resistencia estarían en el cementerio”, bromean, pero es en serio.

Cuando se cansaron de gritar ante la Corte, doblaron su manta y se fueron a buscar unas baleadas¹⁸ porque para entonces, ya con el sol alto, ninguna de ellas había desayunado.

18 Baleadas son tortillas de harina de trigo hechas al comal que se rellenan con frijoles y queso y son típicas en el país. Ese nombre es parte de la criminal gastronomía hondureña, también existen las macheteadas, los pastelitos de perro y los sanguches de basura, terrible ironía para un país con los más altos índices de femicidio de América Latina.

13 colores de la resistencia hondureña



Trece

13 colores de la resistencia hondureña

Para montse y mirta y cris: mis cómplices

Cuando a la nieta que aún no ha crecido, su propia nieta le pregunte como era este tiempo: le contestará que era duro y poderoso.

Que cada día se escribía a diario con los cuerpos resistentes de las indígenas, las negras, de los hombres y las mujeres que tenían la convicción fuerte, la palabra sin mentira, la risa sin permiso y el corazón tierno.

Que las feministas luchamos con todo lo que sabíamos y podíamos para darnos a todos, a nosotras, a ellas y sus hijas, un país con justicia, sin miedo y sin guerra.

Le contará entonces que ganamos.

13 colores de la resistencia hondureña